

INTRODUCCIÓN

1. Predicación del apóstol Santiago en España

El 7 de abril del año 30 de nuestra era es la fecha más probable de la crucifixión y muerte de Jesucristo en Jerusalén. Cuarenta días después subió al cielo desde el monte Olivete. Previamente había encargado a sus discípulos predicar por todo el mundo las enseñanzas recibidas. Iniciaron la evangelización en la misma ciudad de Jerusalén. A los pocos días eran millares los bautizados. Aunque como jefe y cabeza de la Iglesia naciente figuraba Simón Pedro, la persona más honrada y venerada era la Madre de Jesús. Siguió viviendo en Jerusalén y cuidó de ella Juan, el discípulo amado, según el encargo recibido del Señor al pie de la cruz.

Los milagros que realizaban los apóstoles y las conversiones subsiguientes exacerbaron la ira y el resentimiento de los fariseos y saduceos. Cuando Pilato fue destituido el año 36 y desterrado a Lyon, aprovecharon el vacío de poder para suscitar tumultos y persecuciones pretendiendo acabar con los cristianos. Hasta que llegó el sucesor, Marcelo, fueron dueños de la situación: apedrearon a Esteban y metieron en prisión a los que resistían sus órdenes. Había llegado la hora de cumplir el mandato del Señor: *«Id por el mundo entero y predicad la buena noticia a toda la humanidad»*. La tradición pilarista enseña que en la distribución de regiones **Santiago el Mayor** eligió la lejana Hispania en los confines de la tierra. Algunos apologistas confirman este dato. Aunque no lo designen nominalmente, se deduce por exclusión.

Tertuliano comentando — año 402 — en su obra *«Adversus iudeos»* el dístico del salmo 18 *«A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje»*, va citando las regiones que habían creído en Cristo: Persia, Mesopotamia, Asia Menor, Egipto, Mauritania, los confines de las provincias de España, Galia, Britania, etc.¹. Apostilla Z. García Villada: *«No se debe pasar por alto la*

¹ Tertuliano, *Adversus iudeos*, c. VII. ML. 26, 50.

diferencia que en el párrafo establece Tertuliano. Mientras que para las otras naciones establece palabras generales, de España dice que han recibido el Evangelio todos los confines de las provincias Citerior y Ulterior. Ahora bien, dada la cercanía de Cartago con nuestra Patria y sus mutuas relaciones comerciales, se puede establecer con seguridad que Tertuliano conocía muy bien la cristiandad española»².

Dídimo el Ciego de Alejandría (310-398) gran teólogo y exegeta, en su tratado «*De Trinitate*» expone que el Espíritu Santo infundió su incontaminada sabiduría a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, ya al que predicó en la Judea, ya al que lo hizo en España, ya a los que se diseminaron por otras regiones. Luego, uno de los doce predicó en España. La tradición dirá que Santiago el Mayor³.

Goza también de gran autoridad el dictamen de San Jerónimo (342-420). Comentando a Isaías escribe que, para cumplir el mandato del Señor, el Espíritu Santo señaló a los apóstoles la región donde habían de predicar. Y así uno llegó a la India, otro a España, otro al Ilírico, otro a Grecia, de modo que cada uno descansara (después de su muerte) en la provincia donde había predicado la doctrina del Evangelio⁴.

2. Inocencio I y la predicación de Santiago en España

Los impugnadores de la predicación del apóstol Santiago en la Hispania romana exhiben como argumento fundamental una frase del papa **Inocencio I** (401-417). Pero ese argumento no resiste un examen serio. Decencio, obispo de Gubio, elevó al Papa una consulta sobre el uso de ciertos ritos en las celebraciones litúrgicas: quería saber, por ejemplo, cuándo se debía dar la paz en la misa. Precisamente este Papa estaba poniendo sumo empeño en lograr la uniformidad en los ritos religiosos en los territorios occidentales. Recordemos que los patriarcas gozan de autoridad para determinar en las diócesis de su dependencia las fórmulas litúrgicas que se deben usar en las funciones sagradas.

Resulta evidente que Inocencio I al dar solución a cada una de las consultas de Decencio habla como patriarca de Roma en el uso de esa autoridad. No enseña por la tanto *ex cathedra* como jefe de la Iglesia universal en materia de dogma o moral. En su Epístola expone como principio general que todos deben obser-

² García Villada, Z., *Historia Eclesiástica de España I*, p. 172.

³ Dídimo el Ciego, *De Trinitate*, MG, 39, 487.

⁴ San Jerónimo, *Comentarios al profeta Isaías*, ML, 24, 377.

var lo que el apóstol Pedro entregó a la Iglesia romana, y no deben cambiar ni introducir nada que no esté basado en esa autoridad⁵.

Pero aquí surge una dificultad. En tiempo de los apóstoles la organización eclesiástica estaba alboreando y ellos no fijaron los ritos secundarios peculiares a cada patriarcado, tales como los consultados por Decencio. Así, S. Justino enseña que la paz se daba antes del canon y esto mismo establece el misal mozárabe. Con todo el Papa ordena a Decencio que debe darse después del canon. Señal de que esa precisión de tiempo no había sido del apóstol Pedro, sino fijado por sus sucesores. Es erróneo atribuirle a Pedro, como lo hace Inocencio I.

Prosigue el Papa. Es evidente que en Italia, Galia, Hispania, ningún obispo fundó sede alguna que no fuese enviado por Pedro o sus sucesores. Y asegura a sus oponentes que no encontrarán en libro alguno que en esos territorios de su patriarcado haya enseñado otro apóstol que Pedro. Como se ve, Inocencio I basa sus decisiones en esta materia de los ritos en un argumento histórico. Pero en conocimientos históricos el Papa puede equivocarse como cualquier otro mortal. Y aquí queda derrotado en su envite. Su proposición es errónea.

En efecto, se lee en los *Hechos de los Apóstoles* (2,30-31) que el apóstol Pablo enseñó durante dos años en Roma. Clemente Romano escribió: «*Pablo enseñó a todo el mundo la justicia y llegó hasta el extremo de Occidente*»⁶. En el fragmento muratoriano se lee que Lucas omitió el viaje de Pablo desde la Urbe a España porque no sucedió en su presencia. S. Jerónimo escribe: «*Pablo viajó por diversas islas y provincias, hasta Italia también y hasta España*»⁷. S. Juan Crisóstomo dice de S. Pablo: «*Dos años estuvo preso en Roma. Después marchó a España*»⁸. De S. Epifanio es esta frase lapidaria: «*Pablo llegó a España*»⁹. Gregorio VII da por segura la presencia de S. Pablo en España¹⁰ Baronio afirma que S. Bernabé predicó en Liguria. Todos estos testimonios demuestran a las claras que la aserción de Inocencio I no se cumple, que se puede leer en diversos autores que, además de Pedro hubo otros apóstoles que predicaron en los países occidentales. Además su argumento peca de incompleto en lo que se refiere a las fuentes de conocimiento, pues igualmente válida resulta la **Tradicición**. Y la predicación de Santiago la conocemos por la tradición y no por los libros. En esta Epístola el Papa no pretende hacer historia, sino Iglesia y quiere prestigiar su autoridad colocando a Pedro como el único apóstol evangelizador de occidente.

⁵ Inocencio I, *Epístola a Decencio*, ML, 20, 552.

⁶ Ruiz Bueno, D., *Padres Apostólicos*, BAC 65, p. 182.

⁷ San Jerónimo, *o. c.*, ML, 24, 151.

⁸ S. Juan Crisóstomo, *Homilía sobre la carta a los hebreos*, ML, 24, 377.

⁹ San Epifanio, *Adversus Haereses*, MG, 41, 374.

¹⁰ Gregorio VII, *Carta a Sancho Ramírez*, ML, 148, 340.

El argumento del silencio

Hay quienes consideran el argumento negativo del silencio como un gran obstáculo para admitir la predicación de Santiago en España. Duchesne lo expresa de esta forma: «*Los escritos que se conservan desde el siglo IV al VIII no hacen mención de la predicación de Santiago. En la época visigótica los escritores eclesiásticos S. Isidoro de Sevilla, S. Ildefonso y S. Julián de Toledo, S. Braulio de Zaragoza no reflejan la tradición*»¹¹. Pensamos que depende mucho del cristal con que se mire. No hay peor ciego que el que no quiere ver. La afirmación de Duchesne resulta falsa. Probaremos a continuación que entre los siglos IV y VIII existen escritos que hacen mención de la predicación de Santiago.

S. Isidoro escribió «*De ortu et obitu Patrum*» (Nacimiento y muerte de los Apóstoles). Sobre Santiago el Mayor dice: «*Santiago, hijo de Zebedeo, hermano de Juan, cuarto en el orden, escribió a las doce tribus que están en la dispersión y predicó el Evangelio a las gentes de España y occidente, infundiendo la luz de la predicación en el confín del mundo. Este murió degollado con la espada por Herodes tetrarca. Está sepultado en arca marmórica*»¹².

S. Braulio, discípulo, amigo íntimo y biógrafo de S. Isidoro, al citar la lista de sus obras se expresa así: «*Escribió un libro titulado De ortu et obitu Patrum, donde anota con brevedad sentencial los hechos, dignidad y muerte de los mismos y su sepultura*»¹³. Arévalo comenta así esa frase de Braulio: «*Sería preciso estar ciego para no ver la identidad del libro señalado por Braulio y el que hoy conocemos con el nombre de S. Isidoro*». Con todo algunos ponen reparo a la pertenencia de esa obra a S. Isidoro por algún error en que incurre el autor. Menéndez Pelayo zanja la cuestión afirmando que «*la obra es de la época visigótica, con lo que permanece el valor del testimonio sin que por ello disminuya su mérito*»¹⁴. También S. Ildefonso de Toledo atribuye esa obra a S. Isidoro. Nos parece mucha mano negra la falsificación en los tres obispos. Nos atenemos al aforismo: «El testimonio de tres es válido».

S. Julián de Toledo, en el Comentario a la profecía de Nahum, refiriéndose al pasaje «He aquí sobre los montes los pies del que evangeliza y anuncia la paz» escribe: Los Apóstoles fueron los pies del Señor, quienes predicando lo llevaron por todo el mundo: Pedro a Roma, Andrés a Acaya, Juan a Asia, Felipe a Galia, Bartolomé a los Partos, Simón a Egipto, *Santiago a España*, Tomás a la India,

¹¹ Sotomayor, M., *La Iglesia en la España romana en Historia de la Iglesia en España*, I, dirigido por R.G. Villoslada, pp. 151-152.

¹² San Isidoro de Sevilla, *De ortu et obitu Patrum*, ML, 83, 151.

¹³ S. Braulio de Zaragoza, *Renotatio Isidori*, ML, 83, 54.

¹⁴ Menéndez Pelayo, M., *Historia de los Heterodoxos españoles*, t. II, c. I.

Mateo a Etiopía, Judas Tadeo a Mesopotamia, Santiago el de Alfeo se detuvo en Jerusalén¹⁵. Menciona con claridad que Santiago predicó en España.

S. Braulio con ocasión de la muerte de S. Isidoro escribió y predicó un sermón en su elogio. Este documento figuraba en la biblioteca de Zurita, quien la legó a la cartuja de Aula Dei. Escribe Galindo que B. Llorente lo trasladó al archivo del Pilar. Lo publicó el abad Constantino Gaetano en el Tratado del Monacato. Citaremos el párrafo que nos interesa. «*Entre tanto, carísimos hermanos, es digno que toda la Iglesia ensalce a este santísimo confesor Isidoro con alabanzas, pero sobre todo la de España, la cual resplandece entre todas las demás muy especialmente por su salubérrima doctrina.*

Pues así como el doctor Gregorio sucedió a Pedro en Roma, del mismo modo el bienaventurado Isidoro sucedió al apóstol Santiago con su enseñanza en las provincias de España. Porque la semilla de vida eterna que el bienaventurado Santiago sembró, el beatísimo doctor Isidoro la regó de modo suficiente como uno de los cuatro ríos del Paraíso e iluminó a toda España como un rayo esplendidísimo con el ejemplo de su trabajo y con la fama de su santidad»¹⁶. Adviértase bien que los dos preladados se refieren a la predicación de Santiago incidentalmente, como de pasada, como algo universalmente conocido en las iglesias de España.

Aparece evidente la existencia de los tres documentos citados en la época visigótica, ya sean de autor conocido o anónimo. Alguien los escribió. Por consiguiente resulta falsa la afirmación de que desde el siglo IV al VIII no existe en España documento alguno que haga mención de la predicación de Santiago.

Pero además consideramos el razonamiento de Duchesne incorrecto por reductivo. S. Ildefonso de Toledo conocía «*De ortu et obitu*» de S. Isidoro pues lo cita entre sus obras¹⁷. Por lo tanto tenía noticia de la predicación de Santiago en España, pero no trata de intento ese asunto en sus libros. Esa conducta no obedece a la ignorancia sino a otros motivos, que para nosotros no pueden ser más que el señalado antes, o sea, que se trataba de algo perfecta y universalmente conocido por los fieles y por consiguiente no había necesidad de tratarlo. El argumento del silencio no invoca otro motivo que la ignorancia, por eso resulta incorrecto por reductivo.

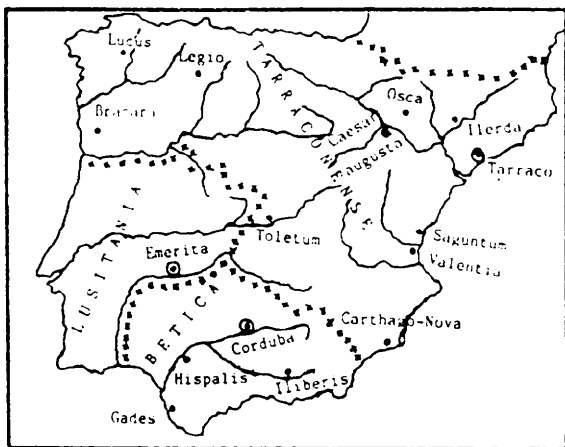
Podemos hacer extensivo el proceder de S. Ildefonso a todos los preladados de Zaragoza, Toledo y Sevilla de la época visigótica. De lo dicho se desprende que

¹⁵ San Julián de Toledo, *Comentarios a la profecía de Nahum*, ML, 96, 74.

¹⁶ Lynch, C. y Galindo, P., *S. Braulio, obispo de Zaragoza*, p. 350.

¹⁷ S. Ildefonso de Toledo, *De viris illustribus*, ML, 83, 68.

lo sucedido en realidad fue lo contrario de lo supuesto por Duchesne. Es un hecho comprobado que una tradición religiosa se transmitía de viva voz y no por escrito. Duchesne lo ignoraba. Señalan los historiadores la gran devoción que profesaban los mozárabes al apóstol Santiago. Ese hecho tenía su causa promotora y no podía ser otra que la firme convicción de que la verdadera religión que profesaban frente a los errores de los musulmanes tenía su origen en la predicación de Santiago.



España en el siglo I.



Santiago el Mayor.

3. La Virgen visita a Santiago en Zaragoza

Cabe la posibilidad de que judíos y prosélitos de centros comerciales de España acudieran a Jerusalén para celebrar la Pascua del año 37 y que Santiago realizase su viaje a España en compañía de ellos. Algunos conjeturan que embarcaría en Jope y rendiría viaje en Cartago Nova por ser la ruta más frecuentada.

Para atender debidamente a su administración, Octavio César Augusto había dividido a España en tres provincias: Tarraconense, Bética y Lusitania, siendo sus capitales respectivas Tarragona, Córdoba y Mérida. La población indígena seguía viviendo en sus ciudades, obligada a pagar tributos. Los conquistadores fundaron a su vez colonias con una organización administrativa completamente romanizada. Una de ellas fue Caesaraugusta (Zaragoza), establecida el año 24 a.C. por eméritos (licenciados) de tres legiones en posición estratégica para controlar la comunicación con Ilerda, Osca, Calagurris, Bilbilis y Dertosa. Desde sus

comienzos esta ciudad estuvo protegida por una muralla de piedra, alta y gruesa, que la bordeaba en todo su perímetro, con cuatro puertas orientadas a los cuatro puntos cardinales.

Este territorio inmenso se ofrecía a Santiago. ¿Qué rutas siguió en la predicación del Evangelio? Los expositores de la tradición, al ser un campo abierto a la conjetura, le hacen recorrer diversas regiones en las tres provincias hispanas. Nosotros nos atendremos al dato más seguro: a finales del año 39 se hallaba en Zaragoza, donde había conseguido la conversión de ocho familias. Contaba esta ciudad por entonces con unos veinte mil habitantes.

Los judíos tenían la costumbre de retirarse al anochecer de los sábados a la orilla de una corriente de agua con el fin de cantar algunos salmos como plegaria a Dios. Conocemos lo sucedido a S. Pablo en las afueras de Filipos durante el segundo viaje¹⁸. También Santiago, al comienzo de la noche, salía del recinto amurallado para rezar a orillas del Ebro con sus discípulos. Una de las veces tuvo lugar un acontecimiento memorable. Al tiempo que oraban en la noche del 1 al 2 de enero del año 40 —según contaban antiguas crónicas— una luminosidad misteriosa fue disipando la oscuridad nocturna de aquel sitio. En esto se hizo presente y visible la Virgen María, que vivía en Jerusalén, sobre una brillante nube y sostenida por ángeles. Otros dos traían una columna de jaspe como de la altura de un hombre y de un palmo de diámetro. La fijaron en tierra por uno de sus extremos. La Virgen, asentada sobre ella, dirigió a Santiago el saludo de costumbre: «*Shalom*». El apóstol, lleno de inmenso gozo y apenas dando crédito a sus ojos, respondió «*Shalom*» con gran reverencia. Los discípulos contemplaban la escena atónitos y deslumbrados por la presencia celestial.

¿Vino María a felicitar al intrépido misionero por el éxito alcanzado en su predicación o por el contrario, a confortar su ánimo abatido por no haber conseguido los frutos apetecidos a la medida de sus deseos y aspiraciones? Cada una de estas opiniones cuenta con numerosos partidarios que las sustentan. Parece más natural que las pretensiones, seguramente inmensas, de Santiago, no se vieran satisfechas. Con todo, nuestro juicio se eleva sobre ambos criterios. Creemos que María vino principalmente a colocar el fundamento de una activa función que ella proyectaba realizar a través de los siglos sobre el pueblo cristiano en Zaragoza.

¿Cómo se desarrolló la entrevista? Fue seguramente muy familiar el coloquio como corresponde entre parientes muy queridos. Bien nos hubiera gustado reproducir las palabras auténticas. Hay que contentarse con las aproximadas.

¹⁸ San Lucas, *Hechos de los Apóstoles*, 16, 13.



Aparición de la Virgen a Santiago.

de su Madre. «Mira esta columna en que me asiento. Sabe que mi Hijo la ha enviado desde lo alto por manos de los ángeles. En este lugar la virtud del Altísimo obrará prodigios y milagros admirables por mi intercesión y reverencia a favor de aquellos que imploran mi auxilio en sus necesidades, y la columna permanecerá en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad fieles adoradores de Cristo»¹⁹. El apóstol, radiante de gozo, manifestó su agradecimiento a la Madre de Jesús, a la que los ángeles devolvieron a Jerusalén.

A la escasa decena de circunstancias se les grabó profundamente lo que vieron y oyeron. Estaban en condiciones de hacerlo saber a otros, comenzando por sus familiares y amigos. Sin duda fue causa de que se multiplicaran las conversiones. De esos testigos presenciales y de sus confidentes arranca esa corriente no interrumpida de la tradición a través de muchas generaciones.

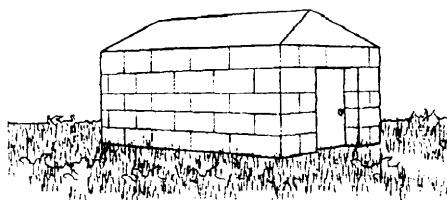
Sustancialmente éste es el contenido de la noticia transmitida en el que todos los intérpretes convienen. Venía la Virgen de parte de su Hijo a traer un mensaje a Santiago. Era voluntad del Divino Maestro destinar aquel lugar para honra y gloria

El edículo de Santiago

El precioso don de la Virgen María no podía quedar a la intemperie en aquel lugar solitario donde se amontonaban la hojarasca y los desperdicios. Había que preservarlo de los fenómenos atmosféricos, de las riadas, de los depredadores. Para protegerlo y guardarlo edificaron el Apóstol y sus discípulos un edículo. Formaba la planta un rectángulo de dieciséis pies (4,40 m) de largura por ocho pies (2,22 m) de anchura en sentido paralelo a la muralla y a cincuenta y cuatro pies de ella. Levantaron los muros con adobes, quedando el tejado a dos vertientes y la puerta al oriente. Conocemos estos datos porque ese edículo se mantuvo en pie hasta el año 1754. La pieza de jaspe, que los cristianos llamaron *Columna* aunque carece de basa y capitel, quedó en el testero. Cuando tuvieron la posibilidad, colocaron

¹⁹ Cabildo del Pilar, *Qualiter aedificata fuit Basilica*, AP, Codice Moralia in Job.

encima una efigie representativa de la Virgen, cosa necesaria, pues sin ella al cabo de poco tiempo la Columna se hubiese convertido en fetiche. Todo este conjunto de edículo, imagen y columna constituía un monumento o memoria para perpetuo recuerdo del suceso y para gloria de la Virgen María que se había dignado hacer aquel obsequio a los moradores de Zaragoza.



*Edículo de Santiago
desde el año 40 hasta 1120.*

Esta clase de monumentos abundaban en el siglo I. Ese recinto exiguo no era un templo, no se empleaba para el culto público. Hasta mediados del siglo III los fieles se reunían para celebrar la fracción del pan y explicar la S. Escritura en la mejor habitación de una casa de los principales. A estos lugares se les llamaba **iglesias domésticas**. Para evitar tergiversaciones añadiremos que a la imagen de la Virgen no se rendía culto, pues no existía esa costumbre. Fue después del concilio de Éfeso (431) cuando se propagó ese culto. Pero en el edículo de Santiago sólo se practicó culto privado por los fieles durante todo el primer milenio, y conservó primariamente el carácter de memoria para recuerdo permanente de la donación de la sagrada Columna por la Virgen a Zaragoza. Cuando hubo necesidad de construir un templo, lo edificaron en el lugar más próximo a ese edículo dentro de la muralla por razón de seguridad, porque lo consideraron como una ampliación del mismo y partícipe de las mismas prerrogativas.

4. La tradición, fuente válida de conocimiento

Todo lo que llevamos escrito referente al origen y funcionamiento de la venerable Columna y del edículo lo conocemos por una tradición que ha conservado el pueblo zaragozano desde tiempo inmemorial y la proclama cuando canta: «*Bendita y alabada sea la hora en que María Santísima vino en carne mortal a Zaragoza*». Tiene como garantía la presencia de la santa Capilla y del venerable Pilar.

La tradición es un modo de conocimiento válido del que los hombres se han servido en todo tiempo y lugar. La invención de la escritura no supera los diez mil años, pero la existencia del hombre alcanza el millón. De ahí se colige la importancia que tuvo la transmisión de conocimientos de padres a hijos. Incluso la base y fundamento de las verdades cristianas radica en la tradición. Jesucristo practicó la enseñanza oral durante tres años y encargo a los Apóstoles la propagación de su doctrina por medio de la predicación. Hay verdades de fe que sólo conocemos mediante la tradición llamada divino-apostólica.

La que traemos entre manos no pertenece a esa especie. La pilarista es una tradición popular que versa sobre un hecho humano, la entrevista de la Virgen María con Santiago en Zaragoza. Es un conocimiento de orden natural sin implicaciones dogmáticas, como los muchísimos que nos comunican nuestros semejantes de viva voz; les damos crédito humano fiados en su saber y honradez. Ese mismo asenso dan los fieles creyentes a la tradición pilarista.

No existe obligación moral de admitirla, pero sí una conveniencia de primer orden para los fieles. Viene a ser un obsequio de amor a la Santísima Virgen, muy grato a sus ojos.

Lo que sucede con las tradiciones populares es que, al ser patrimonio de todos, cada uno se siente con derecho a beber de esa fuente común según su gusto. Al no haber una autoridad que ejerza una vigilancia purificadora, está expuesta a modificaciones circunstanciales según la mente del expositor. Por eso existen variedad de interpretaciones en lo accidental. Nosotros hemos tomado la licencia de hacer la nuestra. De ello se deduce que la posición que adoptamos no es apodíctica. Entra en el juego de las probabilidades en cuanto a las circunstancias.

Hecha esta salvedad, puede tener el lector la seguridad de que en lo esencial la tradición pilarista ha permanecido inalterable. Es decir, que la Virgen María entregó a Santiago el Pilar sagrado como garantía de estabilidad de la fe en el país y de su complacencia en atender a sus devotos en aquel lugar; que Santiago edificó una capilla para salvaguardar aquel regalo y colocó encima una efigie de María, lo que equivalía a una dedicación de aquel lugar como posesión y pertenencia de Ella.

La demostrabilidad que hay que pedir a una tradición es que sea auténtica, es decir, que proceda de personas coetáneas o cercanas al suceso. Eso se prueba con testimonios históricos que acrediten la permanencia a través de los siglos de los símbolos a los que va unida la tradición viva en la mente de los fieles: en nuestro caso la de la santa Capilla y del Pilar bendito. *Su presencia lleva imbricada la de la tradición.* En este trabajo intentaremos detectar esa vida de la tradición en el pueblo aragonés en datos y documentos que nos ofrezca la historia. Si comprobamos la existencia del santuario mariano y del santo Pilar desde el siglo IV, reputamos demostración suficiente para que la tradición pilarista sea considerada auténtica, y real y verídico (histórico) el suceso que recuerda.

Existen en el mundo dos dádivas materiales de la Virgen María a los fieles cristianos como símbolos de una protección especialísima que ejerce en los santuarios en donde están colocadas: La pintura milagrosa de la *Virgen de Guadalupe* mejicana y la venerable *Columna de la santa Capilla* de Zaragoza. La garantía más segura de verdad la ofrece la concurrencia multitudinaria de fieles a esos dos santuarios a través de muchos siglos. Es el mejor apoyo histórico presentado por la misma Virgen que atrae a esas multitudes.